

Nuevos procesos culturales, subjetividades adolescentes emergentes y experiencia escolar

Urresti, Marcelo: En *Nuevos Temas en la Agenda de Política Educativa*, Emilio Tenti Fanfani (comp.). Buenos Aires: Siglo XXI Ed., 2008

SUBJETIVIDAD, TEMPORALIDAD Y GENERACIÓN

La subjetividad es la dimensión de los fenómenos sociales que se relaciona con las formas en que los sujetos se apoderan de –y son apoderados por– las estructuras sociales, las incorporan y las ponen en juego haciendo posibles los procesos de reproducción del orden social. La subjetividad es la plataforma sobre la que se apoya y pivota esa reproducción siempre tensionada entre la copia, cuando es mecánica; el desarrollo, cuando es ampliado, y la innovación, cuando el resultado obedece a patrones que alteran los originarios. Es también la ocasión puntual que toma el proceso de socialización cuando se lo interpreta de manera compleja: la subjetividad es lo que permite que en el interior de estructuras generales sea posible la singularidad y la diferencia, eso que habilita a superar la matriz de repetición que se atribuyó tradicionalmente a los procesos de socialización.

La subjetividad se manifiesta en figuras diversas que expresan la dimensión simbólica de la vida social y los fenómenos de lectura e interpretación del sentido, por medio de la que se constituyen los diversos actores en el espacio social. Entre esas figuras, se pueden mencionar: las estructuras del sentir y del pensar planteadas por Williams, la economía moral de la multitud estudiada por Thompson, las mentalidades desarrolladas por la Escuela de los Annales, las representaciones colectivas de Durkheim, o los imaginarios sociales propuestos por Castoriadis.¹ Esas figuras aluden a las formas que toma la producción de sujetos, siempre puntuales y singulares,

¹ Al respecto se puede consultar: Williams (1980), Thompson (1972 y 1984); Durkheim, *Sociología y filosofía* y *Las formas elementales de la vida religiosa*, Castoriadis (1995) y también Ansart (1983).

irreductibles en algunas de sus zonas primordiales a su ubicación dócil en series.

La subjetividad se reconoce como mínimo en dos ejes centrales: las narrativas y la experiencia histórica. Cada uno de ellos expresa la inflexión de las grandes estructuras sociales en el nivel de los sujetos, en ese proceso de interiorización de lo exterior que los caracteriza. Así, narrativas y experiencia histórica configuran en los pliegues de la intimidad, el pequeño microdrama en el que los sujetos se autoproducen como protagonistas de sus propias vidas, con la fábula que corresponde a los determinantes y las oportunidades que les presentan su lugar en la estructura de clases, la puesta en relato de esa fábula que se reactualiza con las cambiantes circunstancias de la experiencia y, finalmente, con el estilo de enunciación que adopta la fábula relatada. La subjetividad así presentada es el resultado de la narrativa de la propia historia personal, una pequeña épica en la que el protagonista coincide con el narrador, que atraviesa una serie de peripecias singulares que tienen elementos comparables –y hasta emparentados– con los de otras trayectorias cercanas, pero que conserva un residuo intrasladable, propio y singular, que coincide con *esa* vida y no otras, no con la vida en general, sino con *esa* vida que forma parte de la vida en general.

Es por ello que, cuando se habla de subjetividad, se habla también de identidad y, con ella, de narrativas en las que se articula esa identidad.² Una identidad es una posición de sujeto reconstruida como permanente, o mejor como insistente, en una determinada narración que lo articula como personaje protagónico. Esa identidad es, sin dudas, personal, pero también familiar, de género y de clase, todo ello atravesado por la inscripción local y las tradiciones reconocidas y, especialmente, por la pertenencia temporal a un momento histórico preciso. Esos relatos reflejan una pertenencia específica a una clase y a un género, pero además a una generación en la medida en que revelan el modo en que una época se corporiza en los sujetos. Es ahí donde las narrativas de la identidad recogen y movilizan a su modo la experiencia histórica común en los múltiples puntos de inserción localizada que se incorporan –hacen cuerpo– en los sujetos. Ese pliegue

² Véase Ricoeur (1990 y 1992). En una línea similar, véase Robin (1996)

interior de la exterioridad que es la subjetividad es la “invaginación” de la época en sujetos puntuales que, a través de sus diferencias, la impulsan y le dan vida.³

La experiencia histórica, entonces, es su segunda dimensión constitutiva y consiste en el hecho de encontrarse en un momento histórico preciso, en una situación concreta –y en devenir constante– que tiene una forma determinada, en última instancia, por el ancho presente y además una configuración social específica que la sitúa. Es lo que en la filosofía heideggeriana se conoce como “facticidad” y alude a la concretud de ese encontrarse en una situación y de encontrarse a uno mismo en esa situación, doble encuentro en el que un momento aparece como vivido.⁴ Esa facticidad a su vez comporta un espesor significativo que, en el seno del sujeto, adquiere el valor de una memoria social incorporada.⁵ Dicho de otro modo, es el cruce preciso de la biografía en la historia y de ésta en la constitución de los sujetos. Esa experiencia convierte la subjetividad en receptáculo y resorte de la historia: la biografía es la subjetividad en su despliegue y la historia se inflexiona como facticidad-devenir en las subjetividades.

En ese terreno, algo que por lo general se descuida en las teorizaciones interesadas en el fenómeno es la importancia que reviste la generación para comprender la subjetividad en su evolución. En sociedades de cambios acelerados, como es el caso de la modernidad, y especialmente de la modernidad tardía, la estructuración temporal interna de la subjetividad se condice con una superposición de planos evolutivos cambiantes, de rupturas y escisiones, que se acumulan unos sobre otros como si fueran capas geológicas, con sedimentos y con ruinas, vestigios y fracturas, definiendo

³ Foucault y Deleuze desarrollan ampliamente esta idea. Para ampliar, se puede consultar Deleuze, 1987, y “Dos ensayos sobre el sujeto y el poder” en *Dialektika*, nº 1 y 2, 1992 y 1993 respectivamente.

⁴ Esa idea, facticidad, es cercana a la intraducible *Befindlichkeit*, que hace alusión al doble carácter del encontrarse, en el uso heideggeriano, presente en *El ser y el tiempo* de Heidegger (1980).

⁵ Este uso levemente desviado de la noción heideggeriana proviene del análisis que, junto a Mario Margulis, hicimos de la noción de juventud entendida como moratoriavital. Véase Margulis y Urresti (1996).

una amalgama de formaciones variadas, provenientes de distintos momentos de la historia social vivida. Así, los sujetos situados en tiempos similares de la historia tienden a relacionarse con estímulos comunes, como si fueran hijos de una misma constelación temporal.⁶

Esto es especialmente importante en el caso de adolescentes y jóvenes, pues se trata de sujetos en formación. Si bien toda subjetividad está en proceso, es decir, en devenir y sin una forma definitiva, la diferencia específica que presentan las generaciones jóvenes se encuentra en el hecho de que en ellas el proceso de subjetivación está abierto a la recepción de la época sin experiencia previa acumulada, haciendo de esa primera exposición “su” mundo. La sintomática expresión corriente entre los adultos – “en mis tiempos”, “en mi época”, etc., como si el presente ya no lo fuera– hace referencia a los años en que se empezó a tener conciencia del “encontrarse”, normalmente coincidente con la adolescencia o con la juventud. El momento en que se entra en la vida, en la propia historia, la que se vive en primera persona, la que acompaña a la autonomía conquistada sobre la base de la retracción de la heteronomía infantil, es el momento de la apertura a la vida social. Por eso la generación y las diversas etapas de la vida son cruciales para comprender el proceso temporal de la constitución de la subjetividad, y la adolescencia y la juventud son especialmente valiosas si se considera que en dichos pasajes se define un estilo de apertura al espacio social con marcas temporales que serán duraderas y significativas.

En los apartados que siguen abordaremos algunas condiciones de época que consideramos importantes por el tipo de consecuencias que tienen sobre la conformación de la subjetividad de las generaciones jóvenes. Se trata con ello de acercarse a ciertas lógicas culturales, esto es, a las tendencias dominantes en los procesos de producción, circulación y reconocimiento del sentido, en los que emergen signos de ruptura respecto de otras formas hasta ahora vigentes. El objetivo de atender estas verdaderas emer-

⁶ Esta cuestión ha movilizó debates y posturas distintas a lo largo del tiempo en diversas disciplinas y enfoques. Una presentación de dichos debates se encuentra en la voz “Generaciones” publicada en el diccionario organizado y compilado por Carlos Altamirano. Véase Altamirano (2003).

gencias culturales se relaciona con la necesidad de anticipar ciertos mapas de significación dentro de los que tenderán a la intención de buscar los elementos más representativos y, por ende, los más extendidos estadísticamente, sino los más significativos por el tipo de importancia estratégica que puedan tener en escenarios futuros, hoy en día en estado naciente. A dos de ellos nos dirigimos entonces: las transformaciones de la adolescencia y primera juventud, al inicio, y la rearticulación de las culturas parentales y juveniles, luego.

LAS SUBJETIVIDADES ADOLESCENTES: ENTRE TORMENTAS Y EMERGENCIAS

Más allá de la ilusión biológica que genera la manifestación corporal, surgida de la percepción “directa” y sin mediaciones que se presenta en la cotidianidad, los grupos de edad son construcciones sociales que varían con el paso del tiempo y la historia. Distintas sociedades o distintas épocas definen distintos límites para cada categoría de edad, así como distintos contenidos adecuados a los roles que se supone que deben ser naturalmente cumplidos de acuerdo con el segmento evolutivo en el que el sujeto se encuentre. Esto significa que no siempre hubo jóvenes ni adolescentes y que no tuvieron ni tienen las mismas características a lo largo de los tiempos.⁷

Entre los múltiples grupos de edad pensables, los adolescentes y los jóvenes son los más sensibles a los cambios, especialmente en la actualidad, cuando los límites que los definieron en los últimos cincuenta años pasan por una fuerte reestructuración. En la actualidad hay como mínimo dos nuevas etapas que se perfilan con fuerza instituyente para el futuro: los preadolescentes, o también llamados *tweens*, y los adolescentes tardíos, unos y otros al inicio y al final de una etapa evolutiva, la adolescencia, que se va complejizando de manera decidida. A su vez, aunque en otro punto del espectro de las edades, aparece un nuevo tipo de adulto, un joven tardío que no termina de definirse por la vida adulta o, dicho de otro modo, un adulto que se niega a perder sus prerrogativas como joven, categoría de

edad que –no sin ánimo negativo– fue bautizada por los medios como “adultescente”, para dar cuenta de su carácter simultáneamente adulto y adolescente.⁸

Para retomar un poco la historia, si el adolescente clásico –así lo llamaremos– se debatía entre duelos, por la pérdida de la infancia y sus seguridades, por la irrupción de un nuevo cuerpo, más grande e incontrolable, sexuado, y por lo tanto lejano del cuerpo infantil, el adolescente actual se encuentra en una nueva encrucijada. En la actualidad, la legitimidad cultural del niño y la falta de legitimidad del adolescente, su anverso negativo, pavo, caprichoso y torpe, se atenúa en una polaridad mucho menos extrema, en la cual incluso la adolescencia se convierte en un objeto de aspiraciones y deseos, con la consiguiente necesidad de dejar la infancia, como sucede con los preadolescentes, presionados por varias instancias actuales de la sociabilidad a convertirse prontamente en adolescentes, autónomos, consumidores plenos, sujetos de sexualidad activa, casi como si se tratara de adultos.

Los adolescentes clásicos se debatían con la necesidad de explorar y transgredir los límites impuestos, por la búsqueda de nuevos límites, en el interior de los cuales construían su nueva identidad como adultos. Esa necesidad de autonomía en busca de nuevos horizontes de libertad y de experiencia se relacionaba con el tiempo libre, con la vocación futura y entraba en conflicto con la autoridad familiar y pedagógica. En esa oposición el grupo de pares era el gran apoyo horizontal con el cual se discutía la autoridad de la familia y gana en peso la opinión de los amigos. Era una crisis momentánea que, salvo en casos muy extremos, se resolvía normalmente con el reconocimiento de los adultos de su lugar desplazado y del nuevo lugar reclamado por el adolescente. Era la base del antiguo conflicto generacional que se daba entre la familia, la escuela y los grupos de pares, con un mundo adulto por lo general distante y directivo, afianzado en sus roles tradicionales, hecho que facilitaba el espejo negativo para la oposición.

⁷ Ejemplos de esta tesis pueden consultarse en Levi y Schmitt (1996).

⁸ Sin la connotación peyorativa aludida, un primer planteo de esta problemática en la Argentina se encuentra en Di Segni Obiols (2004).

En la actualidad, ese mundo adulto está mucho más cercano del mundo de los adolescentes, con una importante flexibilización de las relaciones de autoridad; se han equiparado las asimetrías antiguas y se ha incrementado el poder de negociación de las generaciones más jóvenes. Si a esto se suma la nueva figura de un adulto juvenilizado, las antiguas transgresiones, relativamente prístinas y frontales, se encuentran hoy en un terreno fangoso y deslizante en el que los adolescentes hacen pie con dificultad, por lo que otra figura señera de la adolescencia clásica se encuentra en severa discusión.

Una vez completa la resolución identitaria de la adolescencia, se abría una nueva transición, esta vez hacia la vida adulta, consistente en vías estadísticamente frecuentes por las que los jóvenes se iban convirtiendo progresivamente en adultos: después de haber superado cierta edad y algunos cuasi ritos de pasaje —como la presentación en sociedad, a los 15 o los 18 años para mujeres y varones respectivamente, los pantalones largos, las llaves de la casa y las salidas con amigos o amigas—, se abrían simultáneamente transiciones comunes que llevaban de la escuela al trabajo, de la familia paterna a la conformación de la familia propia, de la dependencia económica y habitacional a una independencia en ambos terrenos, de la inestabilidad a la estabilidad laboral y, por último, de ser hijos a convertirse en padres, lo que consolidaba a los nuevos adultos a edades relativamente similares, aunque variaran en sus ritmos de acuerdo con el sector social. La particularidad de esta evolución era el patrón común: un camino, progresivo, de ida y sin retorno, con distintos ritmos según el sector social, más acelerado entre los sectores populares, más lento entre los sectores medios y altos, pero con iguales características en cuanto a gradualidad e irreversibilidad.

Sin dudas, este proceso ha cambiado notablemente y las transiciones se han hecho más complejas, pues lo que antes estaba garantizado para todos hoy está puesto en cuestión. Entre otros factores: los estudios se alargan históricamente, las credenciales educativas pierden valor, los mercados laborales se han flexibilizado especialmente para los jóvenes, los salarios han tendido históricamente a la baja, las propiedades han aumentado en una relación mayor que los ingresos y, por sobre todo ello, se afianza

además una cultura crecientemente individualista en los vínculos afectivos, hecho que los torna inestables e inciertos. Así, la experiencia de las transiciones se ha desordenado, vuelto compleja en términos estadísticos, lo que significa que para la mayoría, si bien las transiciones clásicas no han desaparecido, la moratoria evolutiva y lineal se ha debilitado, convirtiéndose en una realidad menguante y crecientemente infrecuente. En la actualidad se registran trayectorias con frenos, vueltas, idas y venidas, saltos adelante y caídas precipitadas, con lo cual ese interregno tradicional de jóvenes en transición se ha diversificado de tal modo que es difícil hablar de juventud en términos clásicos. La figura del adolescente tardío o del joven infinito se relaciona con este cambio en las condiciones objetivas que articulan la vida de la población.

Por otro lado, el cambio en las culturas parentales contribuye a la consolidación de este clima general. Los padres actuales de adolescentes han cambiado sensiblemente y tienen ya muy poco que ver con los padres que tuvieron que enfrentar en su momento a los que hoy son adultos cuando ellos mismos fueron adolescentes o jóvenes. En primer lugar, la autoridad no se ejerce del modo en que se lo hacía hace treinta años. Hay una nueva distribución de roles por género y los varones mayores no se identifican con el modelo de crianza que heredaron de sus padres varones. El adulto actual ha discutido los ribetes autoritarios de la educación recibida y se enfrenta en estos tiempos con el problema de los límites, una de las cuestiones que con mayor recurrencia se encuentra en las revistas destinadas a las nuevas familias y a los padres modernos, preocupados por una crianza que rechaza la autoridad descarnada en un mundo en que se registra una clara redistribución de poder entre las generaciones.

Otro de los factores que afectan la construcción de los grupos de edad es la tendencia ampliamente descripta a la juvenilización de la sociedad.⁹ Según esta transformación, se hace crecientemente visible la aspiración de los adultos por mantener una apariencia juvenil, anhelo que ha generado una ingente cantidad de actividades vinculadas con la medicina, la cosmé-

⁹ Véase, por ejemplo, las consideraciones de Beatriz Sarlo en *Escenas de la vida posmoderna* (1994) y Margulis y otros (1996).

tica, la alimentación natural, el cuidado corporal y las rutinas gimnásticas o ligadas al bienestar, actividades que se han extendido de los grupos sociales privilegiados a las clases medias urbanas en general. La juvenilización es el resultado de una sociedad que invierte crecientes recursos en la lucha contra el paso del tiempo y las marcas que éste deja en el cuerpo. Comenzando, primero, por las mujeres y continuando, luego, con los hombres, la tendencia se ha afianzado entre un número creciente de adultos que, con el fin de mantenerse jóvenes, comprometen enormes energías y recursos. En el terreno del aspecto físico hay una generalización de la juvenilidad como signo exterior, como forma de presentación ante los otros, a la que contribuyen el mercado de la indumentaria, las actividades de tiempo libre, las ofertas de esparcimiento y de turismo. En suma, adultos que se identifican con los jóvenes, hecho que desde los jóvenes es percibido como una invasión que les reduce el campo en el que reconocerse como distintos de las generaciones previas. En este sentido, la valoración del lugar del adulto ha cambiado y, con ello, el sistema de coordenadas sobre el que los adolescentes se recuestan para rearticular su identidad.

De modo tal que se reduce el espacio de transgresión tradicional adolescente por un demérito del reconocimiento de los jóvenes en tanto que representantes legítimos de lo juvenil. Las nuevas generaciones deben buscar nuevos elementos y repertorios con los que plantear su diferencia, dado que la brecha con los adultos no es tan clara como era antes, no es tan tajante, aunque no por ello se deba pensar que se ha llegado a una equiparación. La oposición actual, entonces, más que como una brecha, se perfila como una confusión; más que en la figura tradicional de una lucha entre generaciones, se acerca al ruido y a la ambigüedad que acompañan todo proceso de intercambio comunicativo, lo que coloca al conflicto y su resolución en una situación novedosa.

Como anticipamos más arriba, en este contexto se registran algunas emergencias y tendencias que comienzan a transformar el terreno de los grupos de edad. Con la crisis adolescente funcionando en otros ritmos y las transiciones juveniles complejizadas, aparecen en el espectro tres nuevos grupos de edad: los preadolescentes o *tweens*, los adolescentes tardíos y los jóvenes adultos, protagonistas de la rearticulación de los roles tradi-

cionalmente atribuidos a los grupos específicos de edad; al mismo tiempo, se encuentran los adolescentes y los jóvenes clásicos, en actual convivencia y diálogo con estas nuevas figuras emergentes.

De los tres, desde el punto de vista de la escuela, el más importante es el de los llamados *tweens*, porque es el único segmento que toca con fuerza a la educación media en sus primeros años y a la primaria en sus últimos, lo que constituye una verdadera novedad. En los *tweens* aparece con creciente peso un proceso de maduración general inducido y temprano, que conduce a niños que aún no entraron en la pubertad a adoptar conductas propias de adolescentes desarrollados que superaron la pubertad. Esa maduración incluye, en primer lugar, la sexualidad, algo que hasta no hace mucho tiempo permanecía, para ese segmento acotado de edad, en lo que se conocía como período de latencia.¹⁰ Hay una estimulación al despertar de la sexualidad inducida por parte de la industria de la imagen, los medios masivos de comunicación y, en la actualidad, la galaxia Internet, que colocan bajo un régimen de apertura y visibilidad cuestiones que antes estaban sustraídas o escamoteadas a la visión normal de un niño. Lo que muestra la televisión abierta en programas y horarios comunes, un kiosco de revistas cualquiera o la inconmensurable red de redes, escandalizaría a cualquiera que vuelva treinta o cuarenta años atrás el reloj histórico de la circulación de las imágenes.

La sociedad del espectáculo, pero también el mercado, presionan por esa apertura como medio idóneo para generar audiencias más amplias y nichos de consumidores ávidos a los cuales venderles bienes y servicios adecuados a tal aspiración. Casas de ropa, marcas de aparatos electrónicos, empresas vinculadas con la producción de bebidas alcohólicas o con la industria del tabaco, teléfonos celulares, entre tantos otros, fomentan la autonomía que estos niños les exigen a sus padres para “empoderarlos”, apoyarlos en sus búsquedas de autonomía, facilitárselas eventualmente y así aprovechar sus potencialidades como mercado, con las consecuencias que ello tiene para sus negocios como modo incipiente de fidelización de

¹⁰ Un tema que reconoció en la psicología evolutiva y en el psicoanálisis a sus principales descubridores y sostenedores.

un futuro adulto. Lo que antes se trataba de producir durante la adolescencia está presionado hacia la baja, con una denodada lucha entre empresas por ver quién llega primero a alcanzar una conquista eficaz.

Uno de los elementos que más se explotan, como apuntamos recién, es el de apurar una maduración sexual en la que los mismos preadolescentes están interesados, apuntalando una industria de la comunicación sexualmente dirigida a los mercados adultos, en proceso de extensión para un público de menor edad, receptivo de tales propuestas por la ansiedad comprensible que dicha transformación genera durante ese período. Hay datos médicos que refuerzan esta presunción: la edad promedio de la menarca en las niñas y de la iniciación sexual está bajando año tras año.¹¹

Para los *tweens*, el mercado ofrece como modelo un adolescente mayor que funciona dentro del “aspiracional” que en ellos se expresa, con el cual difícilmente podrán cumplir por su grado de evolución física. Esos niños apenas desarrollados, prepúberes vestidos con ropas sugerentes, con transparencias, con maquillaje especial para niñas, con productos para el pelo, perfumes y accesorios de embellecimiento, también se apropian de prácticas que hasta hace poco tiempo eran patrimonio de adolescentes maduros. Así crece la presión sobre los padres para que autoricen salidas a lugares de comida rápida, al cine, a bailar en las matinés de los boliches, para hacer reuniones o bailes en las casas los fines de semana o para “pijama parties”, como sucede con creciente frecuencia en el caso de las niñas.

Por el momento es un fenómeno de clase, muy extendido en los sectores medios-altos y altos de la sociedad, aunque con una indudable vocación de futuro. El motor se encuentra en las necesidades de la sociedad de consumo y de la comunicación en la que vivimos, para la cual el modelo adolescente y juvenil tiene un magnetismo inocultable. En el caso de los *tweens*, el deseo de pertenecer, de ser adolescentes pronto y crecer, los impulsa a adoptar sus prácticas y estilos de vida. Algo que sin dudas con-

funde el panorama actual de los grupos de edad y los roles por generación que se les atribuyeron tradicionalmente.

DE LAS PALEO A LAS NEOCULTURAS JUVENILES

Las culturas juveniles son una emergencia de la década del cincuenta del siglo XX, consolidadas una década después, encargadas de poner en escena por vez primera la, a partir de entonces, llamada “brecha generacional”. Esas culturas fueron el síntoma de la ruptura en el devenir de las generaciones: los jóvenes establecían de modo inaugural una cultura producida por y para jóvenes, con la cual se diferenciaban de sus antecesores a partir de una oposición, en principio estética y estilística, a las culturas parentales tradicionales. Los sesenta son el marco de esa transformación por la cual irrumpe públicamente en escena la juventud. Esa música distinta de la de los padres expresaba una distancia generacional creciente, pero también una cierta separación de las tradiciones locales en la medida en que los gustos y las preferencias de esos jóvenes tendían a nuclearse alrededor de expresiones de circulación transnacional. Los jóvenes de los distintos países parecían nuclearse en una especie de nueva clase internacional.¹² En esa modificación, sin embargo, no todo era estético o puramente estilístico: con la música se manifestaba también un pedido de libertades amplias vinculadas con el cuerpo y la sexualidad. Esas culturas juveniles reivindican la propia corporalidad como bandera de libertad y luchan por una liberación sexual y afectiva para jóvenes todavía enmarcados y en tensión con una cultura parental definida por roles tradicionales de género. Con las nuevas culturas juveniles emerge el estilo de vida juvenil: antes de ello había jóvenes y adolescentes, pero lo que cambia a partir de ese momento es la irrupción de las identidades adolescentes y juveniles, una nueva condición que, a partir de entonces, intervendrá en la configuración de la vida de las generaciones menores.

¹¹ Véanse, por ejemplo, el desarrollo y las conclusiones del trabajo realizado por Silvia Oizerovich y otros, *Investigación exploratoria sobre características de crecimiento, desarrollo y cuidados de la salud sexual y reproductiva en población adolescente* (2005)

¹² La bibliografía en este punto es muy amplia. Para una primera aproximación remitimos a la voz “Culturas juveniles” del diccionario organizado y compilado por Carlos Altamirano (2003).

En ese contexto, las nuevas generaciones cuestionan a las anteriores, procurando estilos de vida diferentes, distantes respecto del lugar que en esas sociedades se predefinía para los jóvenes. De modo similar, las nuevas camadas se resisten a entrar en la vida adulta definida por las culturas parentales vigentes: cuestionan la autoridad de los padres, muy anclada en la tradición y en una obediencia más o menos automatizada a los mandatos establecidos, y a partir de allí buscan nuevos caminos, en la sexualidad, en los vínculos afectivos, en la conformación de las familias y, con el tiempo, en el modo de criar a los hijos. Esto tuvo consecuencias marcadas respecto de la familia y de la escuela en su función educativa: ambas fueron cuestionadas y, en algunos casos, incluso rechazadas por las corrientes contraculturales que surgían en esos críticos años, marco general del fermento de las culturas juveniles, en el que esas instituciones fueron interpretadas como autoritarias. En ese clima, en que el antiautoritarismo se convierte en un valor y el alternativismo crece, las generaciones jóvenes, munidas de repertorios brindado por la contracultura, se lanzan a búsquedas persistentes de autonomía y de opciones crecientemente abiertas y alejadas de las heredadas.

Aprovechando esas búsquedas, con rapidez para reaccionar frente a las tendencias novedosas, el mercado responde con una serie de ofertas específicas. Así, con las culturas juveniles nace simultáneamente el llamado *teen age market*: una oferta de bienes y de servicios adaptados a la nueva impronta generacional, un conjunto de propuestas que asimilan los signos exteriores de la rebeldía y el alternativismo juvenil y lo devuelven empaquetado para su venta y con una fecha prescripta de vencimiento para que sean renovadas rápidamente. Las industrias de la comunicación consolidadas y el surgimiento de un mercado específico comienzan a ampliar los márgenes con el fin de captar nuevos consumidores: entre todos, los adolescentes son los más compulsivos, los más nerviosos y cambiantes, aunque también los más inestables e infieles. El mercado aprovecha las expresiones juveniles, las capta, las adapta y las mercantiliza: discos, ropa, zapatos, peinados, revistas, salidas, propuestas de tiempo libre, son algunos de los rubros en los que el mercado específico juvenil y adolescente se hace fuerte de manera directa, ampliando la oferta de bienes y servicios para un negocio en expansión.

Pero, a través de ellos y de manera indirecta –tal vez su mayor logro–, el mercado consigue posicionarse en el ámbito mismo de las culturas juveniles y ampliar las tendencias inicialmente minoritarias mediante la comunicación general de estilos de vida encryptados, a través de mensajes publicitarios articulados para todo tipo de bienes y servicios, ya no específicamente juveniles, como es el caso de jugos, gaseosas, cervezas, hamburguesas, películas, programas de televisión, productos para el cuidado personal, automóviles, motos, mobiliario. Surge entonces un estilo juvenil mercantilizado, voraz, capaz de asimilar diferencias para movilizar todo tipo de consumos: así, las culturas juveniles y otras manifestaciones cercanas se convierten rápidamente en tendencias, modas y mercancías, algo que configura una verdadera contradicción originaria.

Se trata de una tendencia poco relevada desde las culturas juveniles y sus ideólogos, normalmente concentrados en la auto-celebración de las potencias críticas. El mercado, apuntando siempre a la obtención de ganancias, ofrece a los jóvenes y adolescentes menos radicales y contraculturales materiales con los que identificarse, gamas de opciones que garantizan la autonomía en las elecciones, y al final, al menos como promesa, un sistema por el cual se facilita la gratificación en un esparcimiento relativamente poco costoso. De ese modo, el mercado se vuelve un poderoso interpelador de las mayorías y los jóvenes le responden con una demanda creciente en términos históricos. Los que no, que varían en número según la época y su sentido dominante, redoblan sus apuestas por búsquedas alternativas, generando verdaderos mercados paralelos, de baja intensidad comercial, nichos específicos destinados a segmentos alternativos que obedecen a reglas propias. Cuando estas tendencias minoritarias prenden en grupos más amplios, suele aparecer el mercado con toda su fuerza y los convierte en vetas dignas de la mayor explotación, aprovechando lo que alguna vez surgió como alternativo. Ante estas tendencias de cooptación y ascenso es habitual que los primeros impulsores se aparten hacia nuevos fenómenos de estilo que se desvían respecto del gusto mayoritario, adocenado o comercial, y provocan fugas laterales. Es casi fatal que esta alternatividad dure lo que la moda y el mercado sean capaces de movilizar de acuerdo con la preferencia dominante. Cuando no se lo proponen o no

lo logran, queda un nicho lateral subcultural en el que las diversas minorías juveniles se reconocen más allá de las interferencias mayoritarias.

Es una de las tendencias que se afianzan en las culturas juveniles a medida que avanzan en el tiempo: los fenómenos de estilo, esas fugas laterales, van engendrando un clima general de diversidad en aumento, tendencia que afecta la relación de los nuevos padres con sus hijos: los padres que comienzan a tener hijos en la década del ochenta son, por lo general, hijos –o, cuando no, entenados– de las culturas juveniles de los años sesenta y setenta, es decir, que ya han entrado en contradicción con la cultura de sus padres y han optado por encarar nuevos proyectos para el desarrollo de su propio perfil como padres. De modo que esos adultos responden, por lo general, a otros patrones, especialmente aquellos que provienen de sectores de clase media, desarrollados en el marco cultural del proceso de juvenilización y de la influencia de la extensión de las culturas juveniles mercantilizadas. Por lo tanto, son otros adultos, más flexibles, más plásticos y tolerantes, reacios al ejercicio duro de la autoridad, espontáneamente anti-autoritarios. No siempre, aunque sí en numerosos casos, mantienen sus gustos juveniles en música, en salidas, en estilo de vida, en indumentaria, con lo cual les plantean a los adolescentes actuales, que son sus hijos, nuevos desafíos para la puesta en escena de la oposición generacional en la que luchan por el reconocimiento de los otros.

Es la otra cara, la sustantiva, del proceso de juvenilización: esto no apunta sólo al cuerpo, aunque no se contradice con él, sino básicamente a un estilo de vida jovial, en el que se puede cambiar de pareja, buscar segundas oportunidades, conformar nuevos hogares. Una búsqueda renovada que no se da por concluida en la edad normalmente reconocida como adulta y que en el extremo puede conducir a la ya mencionada “adultescencia”, ese síntoma negativo que afecta a algunos adultos que se niegan a asumir el rol del adulto y que, en muchos casos, lindan con la caricatura. Esta figura, no mayoritaria aunque creciente en términos estadísticos, reduce los espacios que el adulto tradicional le dejaba –sin proponérselo– a la transgresión adolescente, un adulto estereotipadamente rígido y autoritario, que en el fondo era más fácil de atacar e intentar superar. Con esta transformación se abre un nuevo conjunto de conflictos intergeneraciona-

les y búsquedas de autonomía que se expresan en el terreno de la estética, la música y el estilo a través de un redoblamiento de los gestos radicales, con el propósito de generar una separación en relación con esos padres peligrosamente cercanos o excesivamente narcisistas, que no tienen espacio para atender a sus hijos.

En esa situación, los gestos de la transgresión juvenil entran en tal condición de doble vínculo que muchas veces colocan a los hijos en situaciones conservadoras y abreactivas, con incursiones en ortodoxias que ni los padres son capaces de soportar: para dar algunos ejemplos, casos de religiosidad marcada y radical en familias ateas o agnósticas, constitución de parejas formales y hasta célibes en hogares altamente liberales respecto del sexo, reglas rígidas en el ámbito de la alimentación, la nutrición o el deporte en familias de clima hedonista, embarazos precoces en familias que presionaron con la anticoncepción y el cuidado, o adolescentes que, hartos del rock y del espíritu libertario de sus padres, se abrazan a cualquier canción pasatista o intérprete complaciente de moda en las radios de frecuencia modulada. Todo ello, con la consabida crisis de los padres atribulados por la cuidadosa educación sentimental dispendiada a sus hijos.

Del mismo modo, frente a ese ambiente de acercamiento difuso, están los adolescentes que redoblan el gesto rupturista de las culturas juveniles de sus padres, subiendo la apuesta en búsquedas estéticas y estilísticas extremas, algo que los distingue de los gustos de la generación anterior y que, en conjunto, desemboca en la enorme proliferación de las culturas juveniles actuales, producción que varía aceleradamente en una fuga sin fin. Es lo que produce la radicalización de la estilización y la definitiva tribalización de las culturas juveniles en una explosión de subculturas minoritarias y en constante dispersión. En términos evolutivos, este período describe un tipo de curva completamente heterogéneo en relación con el de la etapa previa, a la que, en virtud de ello, hemos llamado “paleo-culturas juveniles”, para oponerla a la etapa actual, a la que denominaremos “neo-culturas juveniles”. Con ambos términos se quiere resaltar, en primer lugar, el hecho del parentesco entre unas y otras culturas y, por sobre la continuidad, esa ruptura interior a partir de la cual quedan dos estadios diferenciados.

Las marcas constitutivas de las “neo-culturas juveniles” pasan por un conjunto de características que las enfrentan con las “paleo-culturas juveniles”. Mientras que las antiguas tendían a ser generacionales y, por tales, generalizantes, las actuales no interpelan al joven en general sino al joven tribalizado en un estilo específico, con lo cual suelen establecerse en nichos particulares. Mientras que las antiguas culturas juveniles tendían a una internacionalización proveniente de la impronta de los jóvenes —y los mercados— de los países centrales, las actuales surgen de enmarañados procesos de intercambio en los que comienzan a complejizarse los flujos de mensajes y estilos en coordinadas periferia-periferia, periferia-centro y, sin que desaparezcan, centro-periferia, aunque reconociendo la transformación de ese centro como un núcleo alternativo y descentrado de su sociedad de origen. Las nuevas culturas juveniles tienden en conjunto hacia una proliferación de formas y de estilos que fragmenta el espacio cultural y rompe con la lógica uniformizante de las antiguas: lo alternativo es predominante, lo minoritario resiste lo mayoritario, lo disperso reemplaza lo unificado.

Podríamos decir, entonces, que frente a la cultura parental actual, donde las culturas juveniles originarias se han encumbrado como parte del entramado dominante, las neo-culturas juveniles se manifiestan como expresiones que reivindican su alternativismo, su lateralismo e, incluso, su falta total de compromiso respecto de los ideales públicos o politizantes de las paleo-culturas juveniles, a las que, sin embargo, reconocen como antecedentes. Las neo-culturas juveniles enfatizan, entonces, aquellas opciones puramente esteticistas, herméticas y encriptadas, de rebelión puramente simbólica, con la que no se expresa ninguna pretensión trascendente ni reivindicativa. De ese modo, constituyen los repertorios renovados de la brecha generacional actual en una sociedad que ha redefinido el lugar de los adultos y de las culturas parentales, donde queda un espacio asediado para la transgresión, el desafío y la búsqueda de autonomía al margen de esa cultura dominante de inocultable origen juvenil.

Fortalece, por último, esta proliferación el crecimiento entre los jóvenes del uso de las nuevas tecnologías de la comunicación y, especialmente, del universo hipertextual. Internet es un vehículo formidable para la comuni-

cación y la búsqueda de información en las direcciones más insospechadas. Por ello funciona como un catalizador eficaz de las microculturas juveniles, de origen siempre local aunque de una expansión velozmente translocalizada. La información que para las culturas juveniles antiguas era casi imposible de localizar por fuera de los mecanismos masivos de comunicación o del mercado, está hoy en día disponible para cualquiera que se proponga buscarla. Los foros de los temas más diversos están en desarrollo permanente y se asemejan a los nichos que hemos descripto. Esos nichos hoy pueden ser fácilmente globales, aunque se desarrollen en la computadora situada en la habitación de los hijos o en un cibercafé de la periferia.

Dicho modo de acceso implica, en la mayoría de los casos, una privatización del lugar y hasta incluso una domesticación, pero simultáneamente ofrece la posibilidad de acercarse a otros remotos, con hiperconexión, tiempo real de comunicación y flujos translocales en las direcciones menos pensadas y variadas. Esto nos habla de una nueva red de multiplicación de contenidos, donde operan modelos hipertextuales de comunicación, no lineales, complejos y con múltiples posibilidades, si los comparamos con las formas comunicacionales analógicas previas, intensas como experiencia aunque rudimentarias e insoslayablemente monótonas. Las culturas juveniles de la actualidad ganan así en autonomía, en la medida en que circulan completamente adaptadas a la demanda, arrojando como resultado un mapa de variedad en crecimiento, puntillismo y fragmentación impensables en el modelo anterior. Se trata de una nueva dinámica de la época en la que florece y se disemina una nueva cultura juvenil.

POSDATA SOBRE TRANSFORMACIONES CULTURALES Y EXPERIENCIA ESCOLAR

De acuerdo con la consigna convocante, entonces, llegamos a la escuela, desde afuera. En esa aproximación hay interrogantes que, aunque no tengan respuestas definitivas, sí, al menos, se han instalado como cuestiones que conquistaron legitimidad. Queda más o menos claro que el rol de la escuela y la educación respecto del trabajo ha perdido su aura como elemento suficiente para impulsar el ascenso social de un sujeto o una familia. Está aceptado también que el conjunto de valores tradicionalmente implícitos que hicieron de la experiencia escolar unan preparación para el

trabajo, esa cultura común basada en el esfuerzo, el sacrificio y la inversión, pasan por una reestructuración de la que no se sabe todavía sus consecuencias, aunque haya acuerdos sobre el debilitamiento de su validez. De igual modo hay una propensión a aceptar que los nuevos procesos culturales surgidos de un complejo de medios de comunicación electrónicos e hipertextuales novedosos como la TV por cable, la TV codificada y en la actualidad Internet, con su marcada orientación a la demanda, fomentan una cultura del entretenimiento que no necesariamente se lleva bien con la escuela y los valores por ella consagrados.

Queda la tarea de volver a dimensionar las consecuencias que provoca un espacio social en transformación, en el que el Estado se corre del centro, con la entrada fuertemente conquistadora del mercado, un interpelador potente que se afianza con el desarrollo de la sociedad del hiperconsumo. Esta sociedad aprovecha cuanto puede para generar el anhelo consumista, tomando –en el caso de los jóvenes– elementos propios de las culturas juveniles con fines comerciales o de eficacia comunicacional. Esa mercantilización tiene entre una de sus consecuencias más urgentes la proliferación lateral de nichos subculturales específicos producidos por jóvenes inquietos que intentan resistir los embates cosificadores y fetichizantes de un mercado ávido por explotar sus diferencias. Esa proliferación se desarrolla proporcionalmente en relación con la velocidad de la fuga que los jóvenes se plantean a partir del gusto general adocenado. Comprender esas formas en combustión, en tensión con el mercado, que no por ello es anulado como interpelador, sino todo lo contrario, es una tarea que debe ser profundizada por una escuela que compite en el terreno de la economía temporal y simbólica en la que se mueven los jóvenes.

Sobre los cambios indicados, hay un dato relativamente inmovible en la experiencia subjetiva de los jóvenes de nuestras sociedades: la escuela sigue siendo el ámbito en el que los niños y los adolescentes pasan la mayor cantidad de tiempo. En ella se encuentra la mayoría de los jóvenes y en ella se asientan normalmente los grupos de pares que acompañan la transición a la vida adulta, por lo que la escuela guarda para sí el privilegio del marco, del ámbito primordial, de la escena central en la que se desarrolla esa experiencia de autonomización y crecimiento. Es decir que es en la

escuela donde se produce buena parte de esa transición, con los efectos positivos y críticos que ella implica.

Las nuevas culturas juveniles, como las antiguas, no se llevan del todo bien con la escuela, ni con la autoridad pedagógica ni con la autoridad familiar. Proclaman su rebeldía y su distancia y tienen, como inherente, el germen de la crítica. Esto sin embargo no debe llevar a pensar que el gesto antiescolar se traduce automáticamente en una distancia antieducativa. Las culturas juveniles son antiburocráticas, reclaman una experiencia antiautoritaria y se recrean en gestos siempre críticos, y esa característica las conduce a búsquedas de conocimiento, a formas alternativas de pensar, a caminos diferentes de los que establecen las instituciones del mundo adulto encargadas de conducir a los jóvenes. En ese sentido, las culturas juveniles revisten una oportunidad que se puede aprovechar desde la escuela: fomentar el carácter crítico vinculándolo con las potencias que el conocimiento y la lectura pueden acrecentar. En ello la escuela puede tener un importante papel, especialmente en el trabajo con los adolescentes. No se trata de contención, como se propone desde ciertas perspectivas que ponen el énfasis en las pérdidas y los desencuentros que ha generado el neoliberalismo de los años noventa. Se trata de potenciar la búsqueda de autonomía que encaran los adolescentes a través del empleo de saberes y conocimientos que la escuela puede brindarle con el fin de fortalecer el juicio crítico que, más allá de las manipulaciones comerciales y los empobrecimientos del mercado, las culturas juveniles actuales aspiran a construir.